

LA REALIDAD NACIÓN*

ACEVEDO GUERRA, Jorge: *Ortega, Renan y la idea de nación*. Santiago de Chile: Universitaria (Colección: El saber y la cultura), 2014, 114 p.

ENRIQUE CABRERO BLASCO
ORCID: 0000-0001-5621-636X

Jorge Acevedo Guerra es profesor de filosofía en la Universidad de Chile. Obtuvo el Premio de Ensayo de la Municipalidad de Santiago por su obra *Hombre y Mundo. Sobre el punto de partida de la filosofía actual*. Ha escrito ensayos y multitud de artículos en revistas de México, Costa Rica, Perú, Chile, Argentina, Rumanía, Francia y España, sobre Ortega, Heidegger, Zambrano o Marías, o sobre temas filosóficos de ética, fenomenología, hermenéutica y lenguaje, entre otros. Con respecto a Ortega, hay que destacar los libros *Ortega y Gasset. ¿Qué significa vivir humanamente?* (2016) y *La sociedad como proyecto. En la perspectiva de Ortega* (1994). Este último ya aborda con complejidad la idea de nación en Ortega, y lo dota de sentido filosófico desde aspectos metodológicos y expresiones orteguianas como los de razón histórica, libertad o usos sociales.

Al hablar de nación, en ocasiones no se hace con la profundidad que requiere el término, cuando no pocas con la depuración que se precisa para comprender la realidad que abarca. En

la actualidad, la nación suele medirse a veces, o conceptualizarse, mediante lo que se entienda por Estado. Incluso, esto también ocurre cuando se examina la cuestión en autores o ensayistas de otros tiempos desde visiones hermenéuticas o historiográficas. La relación entre nación y Estado es inevitable, ya sea para ensamblar ambos términos o para hacer prevalecer uno de ellos. Y más relieve adquiere cuando esa relación se somete a juicio sobre la base de postulados políticos, sociológicos, históricos o antropológicos. Para los pensamientos de Ortega y Renan, ninguno de estos postulados sería obvia-ble, pero, además, habría que atender sobremanera a explicaciones y razonamientos filosóficos a la hora de repen-sar su concepto de nación.

Éste es el caso del autor de *Ortega, Renan y la idea de nación*, que reflexiona con calado filosófico sobre el susodicho tema de la nación como una realidad de la que participan el individuo en su proyecto circunstancial de vida y la sociedad en el curso de su historia. La obra tiene una atractiva estructura. Compuesta en tres capítulos amplios, sintetiza elementos diversos y novedosos. El capítulo 1 habla del bicentena-rio de la independencia de Chile, para lo que pone una especial atención a consideraciones centrales del concepto de nación orteguiano. El capítulo 2 es el núcleo de la obra. Establece consonancias entre el país de Chile como nación y Ortega; expone notas pormenorizadas sobre Francisco Soler Grima (filósofo español nacionaliza-

* Este trabajo se integra en los resulta-dos del proyecto de investigación FFI2013-48725-C2-1-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Cómo citar este artículo:

Cabrero Blasco, E. (2016). La realidad Nación. Reseña de "Ortega, Renan y la idea de nación" de Jorge Acevedo Guerra. *Revista de Estudios Orteguianos*, (32), 191-195.
<https://doi.org/10.63487/reo.341>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 32. 2016
mayo-octubre



do chileno con el tiempo, discípulo de Ortega y Marías) que se centran en dimensiones de la vida humana con bases heideggerianas; y presenta el carácter dinámico de la idea de nación orteguiana. Por último, el capítulo 3 resulta esclarecedor respecto a lo que a Ortega y Renan entienden por nación. Cierra este capítulo la célebre conferencia *¿Qué es una nación?* de Renan, pronunciada en La Sorbona en 1882.

A propósito del capítulo 1, el profesor Acevedo Guerra, basándose en textos orteguianos como el de “En el centenario de una Universidad”, habla de que ocuparse del pasado no significa poner la mirada en el mismo pasado sino en el futuro. Se trataría de “un razonar histórico” para recordar lo ya vivido y aprovecharlo en la construcción del futuro, vivir el porvenir. Este argumento es puesto de relieve a la hora de conmemorar el surgimiento de Chile como nación (tras el proceso de emancipación que tuvo lugar con la Primera Junta de Gobierno en 1810), con el que Acevedo destaca la forma de apreciar en comunidad los dos siglos de existencia para enfrentar lo que de problemático tiene el futuro (pp. 10-11).

Pero lo realmente interesante, en lo que al tema de la nación se refiere, es si la independencia hay que pensarla como “idea filosófica de substancia”. Acevedo reconoce que no se da nunca la substancia *per se* en la independencia de una nación. Y no puede haberla, pues una nación no hay que concebirla independiente al modo substancial sino como parte de una estructura histórica, cuyos elementos están relacionados y permutan a medida que

avanza el tiempo. En este sentido, una nación es vista como realidad en una relación histórico-estructural con otras naciones (pp. 11-13).

Y en la magnitud de una estructura histórica el profesor Acevedo Guerra señala el surgimiento de Chile como nación, del que fueron dando constancia documentos constitucionales previos a la promulgación de la Constitución española de 1812 y cuyos documentos reconocían tal nación como sujeto político con ejercicio de soberanía. Al poco de ser decretada la Constitución española de 1812, el Reglamento Constitucional Provisorio de Santiago de Chile disponía un derecho de provincias y pueblos con el que se daba autogobierno, aunque sin dejar de aceptar la nación española (p. 14). Este acontecimiento es explicado por Acevedo con motivo de las líneas que Ortega dedica a definir la nación en *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*. En efecto, los pueblos de América Central y Sudamérica tuvieron con España un pasado común, pero todos ellos no formaban una nación. Y esto se debió a que los factores de consanguineidad, lengua, pretérito y fronteras naturales si acaso consolidan una nación, pero no tienen nada que ver en su origen. Para que hubiera tenido lugar una nación era imprescindible un programa de futuro colectivo, lo que Ortega denominó como “proyecto sugestivo de vida en común” y con el cual se habría atraído a los diversos pueblos a convivir con vistas hacia un porvenir (pp. 17-18).

Todos estos apuntes iniciales de la obra son desarrollados sistemática y

filosóficamente por Acevedo en el capítulo 2. Partiendo del yo y la circunstancia orteguianos, remarca la metafísica que cabe desplegar de la vida humana de cada persona en el seno de la vida social en que se encuentra, y de ahí que el proyecto sugestivo de vida en común haya que verlo como integración de la vida personal y la vida social por cuanto supondría un pilar decisivo en la configuración de una sociedad y de un país (pp. 24-25). Esta fórmula, por cierto, ya fue detallada por Acevedo en 1994, en su citada obra *La sociedad como proyecto. En la perspectiva de Ortega*. Y ahora es recuperada para apuntillar que los “grados de concordia y de disensión social” sobre los que Ortega reflexiona en *Del Imperio romano* se debieron a la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial.

El proyecto histórico de convivencia con carácter de nación implicaría extender las distintas vidas nacionales de Europa hacia una unidad mayor como la de Oriente, de forma que, basándose en el texto de Ortega de 1951, “Discurso para el Primer Congreso de la Unión de Naciones Latinas”, para Acevedo, la unidad occidental quedaría manifiesta cuando lograran convivir dos grupos de naciones: los anglosajones/germánicos y los latinos (pp. 27-28).

Una considerable sección de este capítulo 2 está dedicada al filósofo Francisco Soler Grima, estudioso de los pensamientos orteguiano y heideggeriano, de los que tuvo en cuenta las acciones de “rememorar”, que en Ortega aparecía como razón histórica, y de “pensar” como “recordar y

agradecer”, que en lo que a Heidegger respecta estaría en dirección hacia la cuestión del ser. Acevedo sostiene que no podría decirse que Soler se decantara claramente por uno de los dos filósofos. La lectura de Ortega la hizo desde presupuestos heideggerianos (p. 48), pero tuvo muy presente que el centro de la filosofía de ambos es el hombre, desde el que Ortega elabora una “teoría general de la vida humana” y Heidegger, una “analítica del ser-ahí” (p. 50). Ortega y Heidegger, más que poner el punto de mira en la verdad, lo hacen sobre el bien, lo que es mejor para el hombre (p. 51).

La parte final del capítulo 2 entra de lleno en la idea orteguiana de nación. De acuerdo con el argumento de que cada persona realiza su proyecto de vida en el ámbito de la sociedad, la cual realiza, a su vez, un proyecto colectivo, la nación hay que verla como una realidad de la vida humana en la que siempre se da una dimensión social. Y, puesto que la vida humana es histórica, esta historicidad se imprime en la sociedad, lo que la hace cambiante; y lleva a una de sus formas de realidad –la nación– a ser interpretada dinámicamente. Esto se contrapone a la visión estática sobre la nación, en la que prevalece un conjunto de rasgos como los de consanguinidad, lengua, pretérito y fronteras naturales.

Sin lugar a dudas, la nación como proyecto sugestivo de vida en común, cuyo planteamiento es avanzado en el capítulo 1 de la obra y es retomado pertinentemente en la sección última del capítulo 2 para analizarlo, fundamenta su existencia tal y como Ortega enuncia

en *La rebelión de las masas*: “la nación, antes de poseer un pasado común, tuvo que crear esta comunidad, y antes de crearla tuvo que soñarla, que quererla, que proyectarla”. Esta manera de comprender la nación se aparta de la interpretación estática, y es acogida por una interpretación dinámica como eje sobre el que sustentarla.

Que no se materializara un proyecto de vida en común con los países hispanoamericanos determinó, en gran parte, su independencia de España; lo cual revela que, para la existencia de la nación, los rasgos de interpretación estática o esencialistas no son definitivos, sino que tienen su impronta una vez puesto en marcha el proyecto de vida en común. Por eso, Acevedo llama la atención a los estudiosos de distintas disciplinas acerca del tema de la nación, en cuyo elemento del proyecto de vida en común no siempre se han detenido para valorar su alcance. A ello hay que sumar que en las mismas condiciones se hallan factores como los sociales, políticos, económicos, ideológicos, diplomáticos, bélicos o étnicos, que son subrayados por Acevedo por cuanto tienen relevancia si es en conexión con el proyecto de vida en común (pp. 58-59).

Y, tras todo esto, el profesor Acevedo Guerra hace una síntesis atractiva en lo que al estudio sobre la idea orteguiana de nación se refiere, de la que desarrolla su significado con exhaustividad apoyándose en diversos textos: *España invertebrada* (1922), *La rebelión de las masas* (1930), “[Las elecciones y la vida nacional]” (1930), “Prólogo para alemanes” (1934), *El hombre y la*

gente [Curso de 1939-1940] (1939), *Ideas y creencias* (1940), *Historia como sistema y Del Imperio romano* (1941), *El hombre y la gente [Curso de 1949-1950]* (1949), “Pasado y porvenir para el hombre actual” (1951), “El fondo social del management europeo” (1954).

El pasado y el presente existen para una nación, pero su importancia se debe en función del futuro. El proyecto de nación, pues, es una tarea común por hacer, y de ahí que se apele a las personas para que hagan algo juntas. Además, el proyecto de nación está referido a una convivencia, lo que implica a varios órdenes de la vida en común: social, político, administrativo, jurídico, de ideas de diversa índole, de fiestas y de placeres. En este contexto hay que entender que el proyecto sea “sugestivo”, es decir, incitador a una vida mejor, y, por ello, muestra una utilidad (que no un utilitarismo) en tanto que está vinculado a lo cotidiano de la vida humana, a las creencias. Los intereses individuales, de clase, profesionales, políticos y demás se supeditan al interés común; esto no quiere decir que los individuos y grupos se vean sacrificados, sino que el interés común es superador de los intereses particulares que disgregan. La sociedad o las sociedades que conforman la nación se peculiarizan por su historicidad, por lo que la nación es histórica y no natural ya que la nación se va haciendo sin límites determinados de futuro según su carácter de historicidad. Pero una sociedad no siempre escoge la mejor solución para sus problemas y suele ocurrir cuando atraviesa una crisis profunda, lo que lleva a la necesidad de acogerse a un

proyecto de vida en común para dar con soluciones ajustadas a la realidad histórica. La sociedad, por tanto, se estructura desde el mando, y, conforme a éste, individuos, grupos y clases ocupan un lugar en orden y con forma en la realización del proyecto de nación (pp. 61 y ss.).

El capítulo 3, además de lo que concierne a la idea de nación en Ortega, gira en torno al pensamiento de Renan. Lo que hay que acentuar aquí es la influencia renaniana en el filósofo español: consanguineidad, lengua, pretérito y fronteras naturales son principios estáticos e inertes para una interpretación dinámica de la nación; su principio trascendental es el futuro compartido en clave de proyecto sugestivo de vida en común. En suma, Acevedo afirma que Renan supuso una “base empírica a la teoría racio-vitalista de la nación” de Ortega (p. 84).

En efecto, la conferencia de Renan *¿Qué es una nación?*, que se reproduce íntegramente en la parte final de este capítulo 3, mantiene la tesis de que la

nación es fruto de las dimensiones que componen la vida de los individuos. Ciertamente, la nación es receptora de un pasado, pero este pasado está atribuido a los individuos que, en el presente, deciden si se sigue validando tal pasado en aras a la voluntad de convivencia y de llevar a cabo algún proyecto juntos. El programa de futuro se sobrepone a la raza, la lengua, el pretérito y la geografía. Este programa de futuro para una vida en común conlleva *un plébiscite de tous les jours*, con el que los individuos estiman cuáles son sus aspiraciones y necesidades, y para lo que prima su libertad como valor fundamental que impulsa el proyecto de nación.

En la libertad, entonces, radica la existencia, de la nación. No imperarían leyes predeterminadas ni aspectos naturalistas, esencialistas o substancialistas. En Ortega, en línea con Renan, hay una realidad de la vida humana de los individuos y la sociedad, de tipo voluntarista y futuriza, ante la que no se puede ser ciegos: la realidad nación.

CIRCUNSTANCIALIZANDO A ORTEGA

GONZÁLEZ SERRANO, Carlos Javier: *Ortega y Gasset. Pensar la circunstancia*. Barcelona: Bonallettera Alcompas, 2015, 141 p.

MIGUEL ÁNGEL BUENO ESPINOSA

Escribir una monografía sobre uno de los principales pensadores de la historia de la filosofía

europea siempre resulta una tarea de alto riesgo. Y ello, como dirían los clásicos griegos, tanto por exceso como por defecto del concepto. En efecto, ¿cómo unificar, sistematizar, conceptualizar y clarificar el pensamiento global y completo de un autor, cuando ellos mismos, como norma general, no suelen tomarse nunca la molestia (ni la modestia) de hacerlo? Máxime cuando ese autor tie-

Cómo citar este artículo:

Bueno Espinosa, M. A. (2016). Circunstancializando a Ortega. Reseña de “Ortega y Gasset. Pensar la circunstancia” de Carlos Javier González Serrano. *Revista de Estudios Orteguianos*, (32), 195-200.
<https://doi.org/10.63487/reo.342>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 32. 2016
mayo-octubre